

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

La Novela Semanal Cinematográfica



ando las
jeres aman

por
Yvette Andreyer
Mabel Poulton
y Nicolás Koline

50 cts.



DVLA C, Barcelona

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

5001 Via Layetana, 12 - BARCELONA - Teléfono 4423 A

CUANDO LAS MUJERES AMAN

(AME D'ARTISTE, 1925)
Sentimental película interpretada por los célebres
artistas MABEL DOULTON, YVETTE ANDREYOR
M. PETROWICH y el célebre NICOLAS KOLINE

PRESENTACIONES DEL CIEC

Colección de OBRAS MAESTRAS

Edición CINE-FRANCE-FILM (del Ciec)



Marca registrada

CONTRAL: VALENCIA, 302, prel. - BARCELONA
SUCURSALES: MADRID, VALENCIA y BILBAO

Refundición escrita expresamente para
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
por el adaptador literario de películas «Roxo»

ESTABLECIMIENTO EDITORIAL LA VANGUARDIA

CUANDO LAS MUJERES AMAN

*Prohibida la
reproducción*

*Revisada por
la censura*



TIPOGRAFIA CATALANA - Vich, 16 - Tel. 1471 O. - BARCELONA

CUANDO LAS MUJERES AMAN

Argumento de la película de dicho título

LA REINA DEL TÁMESIS

Londres, la mágica ciudad que hundida en la niebla ha sabido deslumbrar al mundo con los destellos de su riqueza y poderío, por la animación fantástica de su vida incomparable, estremeciase aquella noche ante el aristocrático teatro en cuyo escenario triunfaba su artista predilecta, Elena Taylor. La aristocracia de la sangre y del talento, de los negocios y de la espiritualidad, profesaba un verdadero culto a la joven artista que subyugaba con la naturalidad de sus interpretaciones tan llenas de una feminidad exquisita.

Ante los amplios porticos del *National Theatre* se agolpaban multitud de automóviles lujosos de los que descendían las damas más encopetadas de la capital de Inglaterra acompañadas de

los hombres más famosos, influyentes, de talento y posición.

El momento de la entrada del público en el Teatro permitía hacerse cargo de lo que es el Londres mundano, tan oculto, tan recatado a los ojos de los no escogidos.

Penetremos en el reino del dolor, de la mal-
dad, de la miseria... Los suburbios, los barrios
bajos. Habitados por gentes dolientes o perversas... En una buhardilla, un hombre, y frente a
él una mujer, casi una niña, consumen en silencio
la menguada cena, mientras en un rincón tres
pequeñuelos lloran las lágrimas que exprime el
hambre...

—¡Piedad para nuestros hermanitos!—implora
llorosa la joven que ha obtenido su mendrugo
de pan a fuerza de súplicas...

—¡Si queréis comer, trabajad!... ¡¡Gandules!!...

—¿Acaso puedo trabajar más?—reconvino
temerosa la pobre muchacha ante la injusta frase
del hermano perverso que había consumido los
ahorros de sus padres y al morir éstos les negaba
a ella y sus hermanitos lo más indispensable.

—¡Pero éstos también tienen que trabajar!—
Y al decir "éstos" señalaba a los pobres niños, el
mayor de los cuales apenas si contaría ocho años.

—Es que...

—¡Aquí se obedece y se calla!... Como perros
que sois todos... ¡Bocas inútiles!

Y eso diciendo se levantó de su desvencijada
silla y de un manotazo abatió sobre la mesa la
cabeza de la infeliz.

Pero también los débiles se cansan de sufrir.
La muchacha, sangrando la boca por la bruta-
lidad del golpe, se levantó a su vez, y mirando
a su salvado hermano de un modo indescripti-
ble, trató de defenderse contra el nuevo gesto
de brutalidad del energúmeno... El no se con-
tuvo, la desventurada cayó al suelo entre gritos
de dolor... mas levantóse, y corriendo hacia la
mesa tomó un cuchillo y se dirigió amenazadora
hacia él... Lucharon brevemente, y el hombre
cayó pesadamente en tierra... Tenía el corazón
partido de una cuchillada.

Estalló una estruendosa salva de aplausos,
nerviosos, comprimidos, cerrados. La anterior
escena había sido interpretada por la bella Elena
Taylor de un modo verdaderamente magistral.
Por los nervios de todos los espectadores había
corrido, ante su gesto realista y sublime, un
escalofrío de sensación. La gentil artista saludaba
emocionada. Escuchaba la atonadora ovación
con sencillez, con agradecimiento, con satisfacción.

A la emoción y al arte de los intérpretes había respondido, como un eco gigante, el entusiasmo imponente de los severos espectadores del *National Theatre*.

Todos los artistas estaban rebosantes de satisfacción, y muy especialmente Elena, que era la verdadera heroína. Pero existía en su modesta madriguera de apuntador, cierto corazón de oro, al que si bien nadie aplaudía, se regocijaba tanto o más que la propia Elena de sus éxitos triunfales. Era el bueno de Morris, un corazón de oro que había recogido a la muchacha del arroyo y la había educado, modelado a su manera, inspirado por su sentir de artista fracasado.

Elena, por su parte, adoraba a "papá Morris", y juntos vivían saboreando la vida espléndida y laboriosa de la gran artista, una niña todavía.

En la Sala resonaban aún los últimos aplausos. Distinguíase cada noche en primera fila, cierto desventurado escritor-poeta llamado Norberto Campbell, admirador rendido de la genial artista. No la quitaba los ojos de encima mientras ella permanecía en las tablas. Había concebido por la simpática Elena una de estas pasiones calladas y hondas que sólo pueden comprender los espíritus elevados. Ella lo ignoraba todo. Ni se había fijado en él... Por lo demás, aun no sabía lo que era el amor.

DESPUES DE LA ADMIRACION...

El principal accionista del Teatro era cierto archimillonario llamado Lord Stanford, que hastiado de la vida y ahogado por una sentimentalidad incomprensible, estaba acostumbrado a considerar aquel Teatro como vedado propio para caza de donjuanescas aventuras. Se interesaba enormemente por Elena y realmente sentía por la angelical muchacha lo que aun no había experimentado en su vida por mujer alguna.

—Esta chiquilla es un ángel—le decía siempre Felipe Philips, el Empresario bonachón y amable—; es una muchacha tan virgen de cuerpo como de alma. Parece consagrar su vida exclusivamente al arte y en adorar a este buen Morris que es para ella mejor que un padre.

Estos informes caían sobre el corazón de Lord Stanford como un bálsamo suave. Apreciaba sinceramente la virtud de aquella joven situada en donde tantas y tantas en su lugar, embriagadas por la gloria, habrían caído derrotadas.

Cuando Elena entró en su "camerino" después del éxito loco de aquella noche, tuvo la enorme satisfacción de ver su cuarto completamente transformado. Cual si los aplausos hubieran cristalizado en flores para hacer más du-

radero el homenaje, aparecía todo cubierto de hermosísimas rosas prendidas en canastillas lujosas y elegantes.

En cada una una tarjeta, en cada tarjeta, en relieve, el nombre de Lord Stanford. Elena palmeaba como una niña. Aquella idea de inundar su "camerino" de flores le pareció encantadora.

Pero sus ojos se fijaron en un modesto ramo de apretadas violetas de entre las cuales surgía un pliego de papel.

*Dejad que un pobre poeta
Que sólo sueña en amar...*

Elena leyó el contenido de la misiva, presa de la mayor emoción. Su alma exquisita de artista vibraba ante el homenaje modesto del soñador.

*¡Tú crees, hermano, Elena,
mi suprema redención!*

NORBERTO CAMPBELL

Así finalizaba la fogosa misiva que sumió a Elena en un mar de confusiones. ¿Quién podía escribirle de aquel modo? ¿Quién era aquel poeta? ¿La amaba realmente? ¿Sufría los ho-

rreros que la pintaba tan galanamente y de los que ella era la "suprema redención"?

Y aquella mujer, casi una niña, se sintió turbada y extratadamente feliz.

Cuando Lord Stanford acudió a saludarla, Elena se apresuró a explicarle lo del ramo de violetas.

—Será todo lo ridículo que ustedes quieran —dijo a Stanford y a "papá Morris"—; ¡pero sería para mí una gran satisfacción conocer personalmente a este oscuro escritor!

No tengo celos de los que cantan y sueñan —expresó sonriendo Stanford—, y puesto que usted lo desea y el cantor indica sus señas, mañana iremos a conocerle.

Después, viendo que la muchacha quedaba pensativa, se acercó a ella, y tomándole una mano, le susurró al oído, aprovechando una breve ausencia de Morris:

—Yo no puedo ofrecerle poesías, Elena... pero si este modesto regalo, en prueba de la admiración que por usted siento con muchísima más intensidad que estos favorecidos por la inspiración de las musas...

Y esto diciendo extrajo de su bolsillo un estuche del que sacó una magnífica pulsera.

Elena le ofreció su brazo blanquísimo y le dio las gracias con una mirada deliciosa.

Entretanto, en los pasillos, los *reporters* disputaban la noticia sensacional concerniente a la artista. Habían caído sobre el señor Philips, al



Inmediatamente, los *reporters* se precipitaron sobre el recién llegado (pág. 11).

que tenían completamente loco. Este, para salvarse, les dijo, señalándoles al padre adoptivo de Elena, que pasaba en aquel instante por allí:

—¿Una entrevista?... Allí tienen ustedes al se-

ñor Morris... Un hombre de mundo con una elocuencia extraordinaria que facilitará grandemente su tarea.

Inmediatamente, los *reporters* se precipitaron sobre el recién llegado, quien les contempló con cómica expresión de espanto y desconcierto. Cerró los ojos y trataba de desprenderse de los brazos que intentaban retenerle, estilográfica y cuartillas en ristre. Por fin echó a correr, gritando:

—¡No sé lo que pasa!... ¡¡ Me parece que han robado algo en el teatro!!

Y no se detuvo hasta el cuarto de Elena, la cual en aquel preciso instante decía a Lord Stanford:

—Imposible, mi querido Lord... harlo sabe que nunca ceno fuera de casa...

CADENAS

Es tan difícil comprender el alma de un poeta... Pocas mujeres podrían conseguir apasionarla con las cadenas del matrimonio.

Entre las derrotadas en tan dura tarea encuéntrase Edith, la mujer que idolatra a su amado poeta, pero que con el corazón lacerado constata, entre lágrimas y desesperación, que el alma de Norberto vuela muy alejada de ella.

Si, el escritor enamorado de la gentil Elena está casado; pero la incomprensión de su esposa que le ama, pero no sabe manifestarla, le ha



Entre las derrotadas en tan dura tarea encuéntrase Edith...

apartado insensiblemente del hogar. Además, ¡cuántos matrimonios serían dichosos a no ser por la presencia en el hogar de quien debería precisamente saberse sacrificar más que nadie por

la felicidad de su propia hija! Efectivamente; la madre de Edith, además de tener exactamente la figura de las arpías, poseía un carácter tan agrio y molesto que buena parte tuvo tal circunstancia en el completo desvío del alma sensible del poeta. La hija, aun sufriendo por las intemperancias de su madre, no tenía valor para oponerse a ellas, pues era muchacha educada en el temor de la familia; y así veía cómo su esposo amado alejábanse más y más de la casa que la madre política le hacía odiosa, sin atreverse a reconquistarle poniéndose de su lado contra ella.

Aquella noche, la del triunfo de Elena, al que había asistido como de costumbre, Norberto, anhelante e impaciente por conocer cómo habían sido acogidas sus modestas violetas y sus versos, aun no había llegado a casa cuando el reloj marcaba ya las doce y media de la noche.

—¡Supongo que convendrás conmigo—exclamó la madre de Edith fulminando una mirada llena de rencor—en que tu marido rebasa ya los límites de la destachatez!

—Pero, mamá—insinuó la débil esposa que sentía más que su madre la tardanza del amado—, quizá algún editor le habrá entretenido...

—Alguna desvergonzada le habrá entretenido, querrás decir...

—Mamá...

—¡Ea, basta!... Yo me voy a descansar, hija mía... ¡Prefiero no ver a ese déspota!

Y con un gesto brusco se retiró a sus habitaciones.

Pero Edith, con las mismas ansias de cuando virgen, esperaba, anudada la garganta, al que primero la hizo palpar de amores. Con la cabeza pegada a los cristales atibaba con impaciencia, a duras penas pudiendo contener las lágrimas, a todos los transeúntes, para descubrir entre ellos la silueta del que amaba sin saberlo hacer feliz.

Pasaban las horas lentas, monótonas y terribles para la que esperaba con tanto afán. Entretanto, como es fuerza que el hombre en su loco afán de asir la felicidad busque fuera del hogar la dicha que han ahuyentado del nido las intemperancias de unos y la incompreensión de otros, Norberto hallábase esperando en la intemperie junto a la puerta de los artistas del *National Theatre*, la salida de la que con las vibraciones de su alma de artista había sabido emocionar al que también como un artista sentía... y pasaban las horas sin que se acordara de los que en su casa le esperaban.

Lo que el poeta sentía por Elena era bien fácil de explicar. Casado con Edith como hubiera podido casarse con cualquier otra, es decir, enamo-

rado de la MUJER en sí, genéricamente hablando y no de la persona, prontamente habíase convencido de que Edith no era lo que en su imaginación concibiera, lo que creyó que eran todas las mujeres por ser tales. Edith era una muy buena muchacha muy apegada a su madre, eminentemente burguesa que mejor hubiera hecho la felicidad de un empleado de una oficina oficial que la de un poeta. Además, Norberto no había aportado al hogar más que su rica inspiración, corriendo de cargo de la madre de su esposa, o, mejor dicho, de la dote que ésta recibiera por parte de su padre, pero que la madre administraba autoritariamente, todo el gasto de la Casa.

Si a ello añadimos que el carácter de dicha señora era de una intemperancia realmente insupportable, su hablar agrio y grande el odio que sentía por su yerno, fácilmente se comprenderá que el alma delicada del escritor llegara a desesperarse primero y después a elevarse en alas de su fantasía buscando en otra mujer el amor tal como él lo había concebido y creyera demasiado fácilmente que eran capaces de otorgar todas las mujeres.

Asiduo concurrente del *National Theatre*, quedó prendado inmediatamente de la feminidad exquisita de la gentil Elena, y en su mente de soñador concibió por ella uno de esos amores

puros y ardientes que invitan a la burla a los contemporáneos y son la admiración de la posteridad si el poeta que los siente logra la conquista de los laureles de la fama y la gloria.

Las exaltaciones de aquel amor unilateral exacerbaban el afán de producir en el oscuro escritor, y así, ardiendo en el fuego sagrado que las Musas avivan, empezó, ocultándola como un secreto, su primera obra teatral que tituló *LOS LAURELES DE TASSO*.

INCOMPRENSION

Después de haber descrito someramente el proceso del devir de Norberto hacia su inhábil esposa, que le amaba sinceramente, pero nunca supo prodigarle la palabra de admiración por sus trabajos literarios que tanto envejecen y aprisionan al que los recibe precisamente cuanto mayormente es desconocido o despreciado por sus semejantes; que jamás se entretuvo delante de él en leer sus escritos y aun siempre le recriminó por sus aficiones, imbuida por su madre, que las juzgaba como un pasatiempo cuando no pernicioso perfectamente inútil, sigamos nuestra narración y volvamos al hogar marchito donde dan las doce y la una de la madrugada sin que Nor-

berto llegue al domicilio conyugal. Ha estado esperando la salida de Elena para verla unos instantes... de más cerca, si era posible, que desde su primera fila en la platea del teatro.

Y lo más doloroso del caso era que Edith admiraba secretamente a su esposo y más de una vez habíase estremecido leyendo alguna de sus poesías, pero lo ocultaba en lo más hondo de su corazón... para no parecer "boba" a los ojos de su madre...

Su admiración llegaba a tal extremo, que, habiendo descubierto la obra teatral que Norberto le ocultaba con tanto afán, se entretenia durante las monótonas horas de la espera nocturna copiando sus versos inspiradísimos. La desventurada, anonadada por la fatiga, aquella noche más que ninguna otra, sentía el dolor de su abandono y perdíase, mientras copiaba amorosamente el poema, en un mar de penosas meditaciones, sin saber comprender que de no escuchar los dictados de su madre y hacienda patente su admiración por el poeta menospreciado, éste la hubiera adorado como a una imagen, sin buscar la comprensión y el amor muy lejos de ella.

Serían la una y media cuando Norberto entró. Edith, después de ocultar como un delito el trabajo que estaba efectuando y que de serle conocido por él a buen seguro que le hubiera preci-

pitado a sus pies de hinojos, no supo encontrar para atraerse al descarnado más que molestas reconvencciones o contraproducentes comentarios.

—Te parece bien llegar a estas horas?—le dijo con cierta acritud—. ¡La cena está helada... mamá está furiosa contigo!

—Me importa poco el estado de la cena y la furia de tu respetable mamá—repuso Norberto montando en cólera súbitamente—. He cenado en un *restaurant* donde llegue cuando llegue soy recibido sino con afecto, con placentera indiferencia.

Y cerrando bruscamente la puerta de su pequeño despacho dejó a Edith confusa y llorosa mientras él se lanzaba afanosamente sobre su amado manuscrito y fijaba sobre el papel las rimas que le inspirara la reciente visión de su amada y concibiera durante su camino que hizo a pie con tal objeto, bien lejos de acordarse de que en su casa le esperaba otra mujer que, si ella hubiera querido o sabido hacerlo, habría sido la única inspiradora de sus poesías.

Y entre la mágica danza de las horas, lentas y atrasadas para unos, veloces y adelantadas para otros, llegó el alba sorprendiendo al escritor en su tarea de terminar su última obra.

LA INEVITABLE HECATOMBE

La mañana era risueña y amable, uno de esos días de sol que invitan a creer en la belleza de la vida y hacen esperar al supersticioso las más espléndidas nuevas. Norberto se había levantado pronto a pesar de haberse acostado a las primeras horas del alba. Tenía fiebre por terminar su obra maestra, la obra de su corazón como él la llamaba allá en lo más recóndito de su alma enamorada.

Cuando escribió los últimos versos tuvo una sensación de agrado sólo comprensible para los que saben lo que es producir algo en cualquiera de las bellas artes.

A mi inspiradora, la genial artista Elena Taylor
escribió al fin con gesto de orgullo ofreciendo a su Musa la obra que juntos, y aun sin ella haberlo sabido, habían procreado.

De pronto interrumpió sus meditaciones el ruido de una puerta que se cierra con cierta violencia. Era su mamá política que, junto con Edith, se dirigía a misa. Norberto suspiró de un modo extraño y maldijo las cadenas que le ataban a la mujer que no había sabido darle el amor que él creyera que todas podían prodigar al hombre amado... ¡El hombre amado!... ¡No es

taba acaso siguió de que él no la fué nunca para la que hoy era su esposa?

Seguidamente un automóvil que se detenía ante la verja de su casa, distrajo nuevamente su atención. Levantó la cortinilla de su ventana y quedó helado de sorpresa e intensa emoción. Un lujoso coche hallábase temblando aún frente al jardín, y de su interior descendió un caballero de elegantísimo porte que brindó su mano a una gentil mujercita, que salió con la esbeltez de un pajarillo que contento sale de su jaula de oro... ¡Era Elena Taylor!

Y finalmente descendió del automóvil el bueno de Morris, enfundado su cuerpo en un paletó anticuadísimo, pero que daba a su fisonomía, bonachona e irresistiblemente simpática, un aire de atrayente placidez.

Unos minutos después, Norberto, que había salido como loco de su estancia de trabajo, aprisionaba trémulo y emocionado las manos de nácar de la mujer soñada.

—Usted perdone, señor Campbell—dijo con su voz de ángel que tantas veces murmurara en sueños durante las elucubraciones amorosas del poeta las palabras sublimes del amor—, pero tenía gran curiosidad en conocer a *mí* poeta...

—Pero, Elena... ¡Dios mío!... Yo estoy loco... o sueño... ¡Usted aquí!

—Por sus versos he creído sospechar que usted sufría mucho... ¡y las mujeres, somos tan sensibles para con los que dicen amarnos como a la salvación de sus desventuras!...

Y temiendo la fogosa réplica de Norberto, corrió hacia la ventana. Sobre una mesa había los pliegos de LOS LAURELES DE TASSO, y al ver que le estaban dedicados, ella, la que había escuchado el homenaje del gran público, no pudo contener un gesto infantil y corriendo hacia Morris, que acababa de llegar junto con Lord Stanford, gritó alborozada:

—¡Qué alegría! ¡Hasta inspiró las obras de los poetas!

La oyó breves instantes, y después, dijo:

—Esta obra se estrenará en seguida en el *National Theatre*, ¿verdad, Lord Stanford?... Soy yo quien se lo pide...

—Ya que la señorita Elena se empeña—repuso éste tomando el manuscrito y mirando al escritor con aire de protección—, recomendaré su obra al Director de nuestro Teatro...

Breve fué la visita. Norberto prometió visitar a Elena en su casa... Todos estrecharon mutuamente sus manos y los visitantes alejaron con la rapidéz con que habían venido, dejando al poeta sumido en un mar de deliciosas meditaciones...

Mientras la esposa inhábil y su madre regresaban al hogar, el pobre Norberto saboreaba la agri dulce felicidad de vivir la realidad de una



— ¡Qué alegría! ¡Hasta inspiró las obras de los poetas!

quimera sintiéndose atado por el deber y por su propio corazón.

No pudo ser más inoportuna y de efectos más desastrosos, pues, la intrusión de la madre de

Elena, que, irrumpiendo furiosa en su gabinete de trabajo, le escupió en el rostro, furibunda por que los visitantes habían ensuciado un poco el vestíbulo de su casa con el barro del jardín:

— ¡Sepa usted, señor mío, que no toleraré que ensucien mi casa personas asquerosas, y menos que la frecuenten comediantas desvergonzadas!

Edith, como siempre, callaba lamentando desde lo más hondo de su corazón la crudeza de su madre para con el que ella amaba sin sabérselo demostrar.

No estaba precisamente el estado de ánimo de Norberto para soportar como otras veces las absurdas reconvenciones de su suegra. Así, levantándose bruscamente de su mesa de trabajo, gritó:

— ¿Ignoran ustedes que un hombre puede llegar al paroxismo de la desesperación viéndose cosido continuamente por los alfilerazos de nimiedades sin importancia?

Y viendo que Edith callaba, continuó:

— Y tú, Edith... ¿qué dices?... ¿Que tiene razón tu madre, naturalmente!

Las dos mujeres le miraban con cierta extrañeza, nunca le habían visto tan enérgico. Norberto proseguía, animándose más y más:

— Debo confesar que en esta casa no se me ha

inferido ningún daño grave, pero he de declarar que me han hecho la vida insuportable enrareciendo con sus ridículas intemperancias el aire que respiro... ¡Que ya se colma la copa de mi paciencia!... ¡Que me ahoga en esta casa!

—¡Pues ya sabe usted que tiene la puerta abierta!—reaccionó imprudentemente la madre de Edith—. ¡Puede usted buscar aire respirable para usted... y alegres compañeras!

Fue tal la expresión de Norberto ante aquella provocación, que Edith, presintiendo algo terrible, corrió hacia él... Pero al escribir la apartó de sí con violencia.

—¡Déjame, Edith!... Me marchó de esta casa... No intentes detenerme, quédate tú con tu madre... ¡Yo me voy a donde nunca más oiga hablar de vosotras!

Se acercó a un armario donde guardaba sus papeles y libros y empezó a recogerlas con frenesí. De pronto, Edith, que le contemplaba, se agachó bruscamente. Había caído un papel. Era un retrato de Elena.

—¿Conque era cierto?—gritó la esposa desesperada...—¡Te alejas de mí para reunirte con otra!

—Tú no fuiste nunca mi esposa, sino la hija de tu madre!... ¿Qué puedes echarme en cara si busqué lejos de aquí el amor, la ilusión que necesito para vivir?

Los dos esposos se miraron unos instantes en los ojos. Cuando un destello de reconciliación anunció tímidamente allá en lo más hondo de sus pupilas, la voz seca de la madre interrumpió:



—¡Déjame, Edith!... Me marchó de esta casa...

—No seas tonta, mujer... ¿Cómo quieres que se marche si es incapaz de ganar una peseta y necesita de mi dinero para vivir?

Norberto la fulminó con un gesto de despre-

ción, y desprendiéndose de los brazos de Edith, se marchó cerrando la puerta tras sí con violencia.

—¡Oh!... ¡Y se marcha, madre, se marcha! —murmuró la infeliz—. ¡Norberto!... ¡Norberto mío!

DESPECHO

Lord Stanford había dado en honor de Elena una fiesta deslumbrante digna de su fortuna y su buen gusto. Se trataba de un baile de máscaras fastuoso y espléndido a cuyo anuncio habían acudido los más valiosos elementos de la buena sociedad londinense.

Durante el transcurso de la sumptuosa fiesta, Lord Stanford habíase podido convencer de que las relaciones entre el poeta y la artista estaban muchísimo más adelantadas de lo que él imaginara. En efecto, Norberto y Elena no habían podido resistir la febril atracción de sus labios, y habíanlos juntado en fogosa caricia, siendo sorprendidos por Stanford.

¿Cómo era posible? Elena tan seria, tan pun-donorosa...

La exquisita artista ignoraba los lazos que ataban a Norberto con otra mujer, y cada vez más disgustada con Stanford, porque si bien éste

estrechaba más y más sus asedios nunca le había de casarse, había permitido al poeta que soñara en la realización de sus sueños más caros.

Por su parte, Lord Stanford, conocedor del



Lord Stanford había dado en honor de Elena una fiesta deslumbrante...

estado de Norberto, al ver que Elena no era insensible a sus galanteos concibió por la muchacha cierto desprecio que no hizo decrecer su deseo por ella, sino muy al contrario.

Cuando Norberto se vió correspondido por la estrella de sus anhelos, no tuvo ya más que una idea fija: divorciarse de su esposa. Así, cierto

atardecer, mientras la pobre mujer, entre nubes de dolor y vapores de lágrimas, sólo vivía para preguntarse continuamente con suprema angustia: ¿VOLVERA?, su marido llegaba al hogar dispuesto a precisar los detalles de su separación.

Al verle entrar, Edith tuvo un sobresalto de júbilo y corriendo hacia él gritó:

—¡Norberto!... ¡Norberto de mi alma!... ¡Mi corazón no me engaña!... ¡Que Dios te bendiga!

Pero el poeta menospreciado la apartó con un gesto.

—Edith—le dijo—, el Cielo es testigo que mejor hubiera preferido que me recibieras con gritos y estridencias... pero raramente tratas de atraerme con halagos y ternezas... todo ha terminado entre nosotros... es preciso que nos divorciemos.

—¡Pero, Norberto... yo me vuelvo loca... tú no puedes olvidar los instantes de suprema felicidad que juntos hemos vivido!...

—Tú no puedes comprender lo que sufro... ¡Tú me hiciste un desventurado obligándome a requerir fuera del hogar lo que en él se me negaba!... ¡Desesperado, lo busqué como un mendigo, y al encontrarlo, intentas retencarme atormentando mi conciencia y la honra de mi corazón!

Había tal gesto de desesperación en el ade-

mán de Norberto, que la infeliz comprendía que aquél tenía razón. Si ella no se apercibió del gran amor que por él sentía, capaz de llegar



—¡Pero, Norberto... yo me vuelvo loca... tú no puedes olvidar los instantes de suprema felicidad que juntos hemos vivido!

hasta el paroxismo de la abnegación, hasta que le vió decidido a marcharse de su lado, ¿quién debía pagar las culpas de su propia ceguera?

No, ella no había sabido hacer feliz a aquel hombre... ¿Qué importaba que le amase o no?... Y al ver el supremo dolor de aquel desgraciado, quiso empezar a quererle como saben amar estos ángeles del mundo que llamamos mujeres... y a sus propios ojos se vió grande y sublime sacrificándose por la felicidad del amado. Acercóse a él con digna resignación, y, acariciando sus cabellos, suspiró:

—Tienes razón, Norberto... divorciémonos.

El le dió las gracias con la mirada, después pasó a sus habitaciones, loco de júbilo, mientras Edith quedaba anegada en llanto... Amar cuando se es amado... ¿tiene acaso algún mérito?... Si la madre es sublime, ¿lo es por los placeres que experimenta o por los dolores que soporta en bien del hijo egoísta?

Entre tanto, fruto de la nueva actitud de Lord Stanford respecto a Elena y Norberto después de la escena del baile, había llegado al hogar de la artista la noticia de haber sido rechazada por el empresario la obra del novel escritor.

Cuando al día siguiente llegó Norberto y hubo de comunicársele la dolorosa noticia, Elena no sabía cómo hacerlo para evitarle aquel dis-

gusto, pero, al fin, dándole esperanzas, le informó del descalabro que habían sufrido sus ilusiones.

"Papá Morris", que estaba presente, quiso dar la nota cómico-filosófica, y tomando a los dos jóvenes por las manos, los condujo hacia un pequeño armario dentro del cual había un sinnúmero de manuscritos y folletos.

—Consuélase, mi buen amigo—dijo al poeta—. ¡Antes las obras que le rehúsen no constituyan una copiosa biblioteca como las mías!

Todos rieron y olvidaron un poco la crudeza de la mala noticia. Elena reaccionó y por teléfono anunció a Lord Stanford que dentro de un momento iría a visitarle.

—Muy bien... cuando usted quiera—repuso Milord.

Y Elena, dirigiéndose a Norberto:

—Dentro de un par de horas vaya a casa de Lord Stanford—le dijo—. ¡Seguramente, le recibirá y dará una buena noticia!

BAJEZAS

Sabiendo que Norberto estaba casado, y convencido de que Elena conocía esta circunstancia, como anteriormente hemos dicho, Stanford interpretaba muy desfavorablemente para la joven

sus condescendencias con el escritor, y el que, hastiado de la vida de abundancia y fáciles placeres que llevaba, hubiera acabado por dar gusto su corazón a una mujer digna de él, esperaba ahora a Elena como a la presa fácil y despreciable.

Había dispuesto que en cuanto entrara la introdujeran en el suntuoso e inmenso *hall* de su palacio. Estaba absolutamente seguro de que Elena era una de tantas y que como aquellas desventuradas había que tratarla.

Así, al anunciárle que había llegado, salió a su encuentro, y acariciándole la barbilla, le dijo alegremente:

—Hola... pequeña...

Elena estaba demasiado preocupada para fijarse en aquel trato especial. Además, nunca había estado en los salones particulares del opulento Milord y quedaba admirada ante las fabulosas riquezas artísticas que en ellos tenía acumulados.

—Son recuerdos de mis largas correrías por los más lejanos países —dijo Stanford viendo que ella se fijaba en varios objetos exóticos—. ¿Le gustaría viajar, Elena?... Yo podría acompañarla...

—Ya lo creo... pero cuesta tanto dinero!... Y sólo podría aceptar la compañía de un esposo... no de un "protector", por rico que fuera...

—Le gustaría tanto el encanto enervante de los canales de ensueño —pronunció Stanford mientras se acercaba a Elena que habíase sentado



—Son recuerdos de mis largas correrías por los más lejanos países.

sobre una montaña de valiosas pieles, y le presentaba un precioso cristal de Venecia—. El inquietante desierto con sus alfombras de oro—

y eso diciendo la mostraba un espléndido camafreo egipcio—. La india lejana, patria del misterio y la voluptuosidad — y le presentaba un magnífico ídolo de marfil.

Elena, ante las evocaciones de aquel hombre que tanto conocía, había cerrado los ojos y dejaba volar un poco su fantasía por aquellos países de ensueño que tanto atractivo ejercían sobre su imaginación de artista.

Stanford creyó llegado el oportuno momento, abrió un *coffret* repujado de marfil y extrajo un voluminoso estuche, que abriéndose como una concha ofreció a los maravillados ojos de Elena la más rica y hermosa diadema que concebir pueda el joyero de mayor gusto.

Ella tomó en sus manos y púsola sobre su cabeza. Sobre los bucles de oro de la joven, la pedrería adquiría destellos aun más hermosos. Elena corrió a un espejo para contemplarse. Stanford la siguió, y al ver su boca blanca como la nieve, moldeada a torno, carnosa y apetitosa como un manjar de tentación, aproximó sus labios... Pero Elena, que por el espejo había visto su gesto, volvióse prontamente, gritándole:

—Milord... ¿Qué significa esto?

—Significa... ¿que te quiero con locura?

Y quiso besarla en la boca.

Elena arrancó de su cabeza la valiosa dia-

dema, que rodó por el suelo, y debatiéndose furiosamente trataba de escapar de los brazos de Stanford que la aprisionaban como tenazas y forcejeaban para acercar sus labios a los del que mentira parecía que cometiera semejantes bajas.

Afortunadamente, breve fué la odiosa lucha, pues un criado indio anunció que en el *hall* esperaba el literato Norberto Campbell.

Stanford se relizó prontamente. La lección que había recibido por parte de Elena le había desconcertado. No sabía qué pensar de ella. Repuso un poco el desorden de su chaqué y su corbata impecable, e inclinándose ante ella, le dijo con cierta ceremonia y reténrín:

—Ten bien presente, Elena, que si Lord Stanford no se ha portado por vez primera en su vida como un perfecto caballero... es precisamente por tus vergonzosas relaciones con el que acaba de anunciarse.

Elena no comprendió la directa alusión.

—¿Qué se imagina usted Stanford?... Lo que hay es que Norberto es bueno... y tengo gran empeño en que su obra se estrene...

—Confiesa por lo menos que no son muy edificantes las relaciones entre una muchacha que dice ser honrada y un hombre que no puede darle su nombre.

Pero la joven estaba tan lejos de sospechar la verdad, que no comprendió mejor esta vez que la anterior.

—Su nombre será ilustre en cuanto se estrene su obra — dijo inocentemente—. Milard, yo se lo suplico... hágalo por mí.

—Está bien, quiero que usted desde aquí escuche el diálogo que entablo con su... protegido. Le recibiré en el despacho contiguo, del que nos separa únicamente este tapiz.

Y levantando éste con la mano desapareció de la vista de Elena para recibir a Norberto.

Este entró con gesto tímido. Sabía que jugaba su porvenir de escritor, sus ilusiones de poeta.

—Hable usted con llaneza — le dijo Stanford con cierta brusquedad—. En los negocios de dinero no puedo sufrir las divagaciones.

—Usted perdone, Milord — repuso Norberto con humildad, pero con gran entereza—. mas no creo haberle aún anunciado que me traía aquí una cuestión de dinero... Vine, al contrario, para pedir justicia contra una arbitrariedad de que he sido víctima en su Teatro...

Stanford hizo un gesto requiriendo el fajo de papeles que el poeta llevaba debajo del brazo.

—Es mi manuscrito de trabajo — balbució el poeta—. No poseo otro...

—Así, pues — apoyó el Lord mirándole fija-

mente—, no existe otro ejemplar ni copia de la obra, ¿no es cierto?... Usted, lo que quiere, su-



Entró con un gesto tímido. Sabía que jugaba su porvenir de escritor.

pongo, es sacar dinero de ella... ¡Pues bien! ¡Yo se la compro!

Norberto tuvo un gesto de estupor.

—Ya se la compro — prosiguió Stanford —

por el precio que usted quiera, para hacer con ella lo que me venga en gana...

Se levantó con parsimonia y se acercó a la gigantesca chimenea donde ardían vigorosamente maderas de cedro. Hizo el gesto de echar sobre ellas el manuscrito.

—... hacer con ella lo que quiera... como si quisiera reducirla a cenizas, por ejemplo...

Pero Norberto saltó sobre él, como un león, gritando:

—¡Destruir mi obra... mi suprema esperanza de gloria... mi ilusión de toda la vida?... ¡Nunca!... ¡Nunca!!

—Yo no he dicho realmente *destruir* — dijo Stanford con calma y flemá inglesa — sino *transformarla* en dinero... sinónimo de la abundancia... de los placeres... del amor...

Volvió a sentarse sobre el monumental sillón de cuero que tenía a sus espaldas, y prosiguió con ademán de protector:

—Vamos a ver; hablemos poco y bien... Como hombre de negocios, usted ha de reconocer que no puede hacer la felicidad de Elena. Yo sí. Salga usted de Londres, le daré 4,000 libras, y su obra se estrenará en mi Teatro...

No tuvo tiempo Norberto de contestar a la vergonzosa proposición. Elena había irrumpido en la estancia loca de indignación. Tomó ner-

viosamente a Norberto por la mano y escupió en el rostro de Lord Stanford:

—¡Miserable!!

Y los dos jóvenes alejaronse apresuradamente, mientras Milord quedaba sonriendo nerviosamente apoyado en la artística chimenea de valiosos altorrelieves.

Cuando en el jardín del palacio Elena despidióse de Norberto, tuvo para él palabras de aliento y decisión:

—No se afía, Norberto... ¡Le juro a usted que su obra se estrenará en el *National Theatre*!

CUANDO LAS MUJERES AMAN

Stanford había tenido la debilidad de caer víctima de su rencor y así había ordenado con precipitación que retiraran a Elena Taylor el papel de protagonista en la nueva gran obra que iban a poner en escena.

Lejos de sospechar la tempestad que se le venía encima, Elena ensayaba bajo la tutela de su "papá" Morris, el difícil papel de la nueva obra.

—¡Más alma... más lágrimas! — gritaba el buen apuntador —. ¡Hasta que floren las almas sensibles!

Y Elena ejecutó tan bien las insinuaciones del

viejo protector, que el perro empezó a aullar tristemente en un rincón.

Ambos rieron de buena gana, pero interrumpi-



Morris corrió a ver quién era la visita...

pió sus carcajadas el timbre de la puerta. Morris corrió a ver quién era la visita que venía a interrumpir su trabajo.

—Es una mujer joven, seriamente vestida,

que dessa verte — dijo en cuanto volvió al lado de Elena.

Sin saber a ciencia cierta quién pudiera ser la visitante, Elena salió a recibirla.

—Señorita — dijo la recién llegada con voz temblorosa —, soy la esposa del literato Norberto Campbell.

—¿Usted... Usted... «u... es-po-sa?» — exclamó Elena viendo que una nube roja velaba sus ojos. La contempló llorosa y desesperada... Después, comentó anudada la garganta por las lágrimas...

—Cuánto debe haber sufrido... cuánto sufro yo ahora...

—Sufro, pero mi dolor me es grato. Amo a mi esposo y dispuesta estoy a sacrificarlo todo por su felicidad... Pero no he venido para hablar de mí — dijo nerviosamente sintiendo que las lágrimas agolpábanse a sus ojos ya ahitos de llorar —, sino de él.

A un gesto de Elena ambas mujeres se sentaron. Edith prosiguió:

—Sin que él se enterara, he seguido paso a paso el engendro y la concepción de su obra genial... Hoy me he informado de que se la han rechazado. El me ocultaba dicha producción como un tesoro, porque no era yo quien se la había inspirado, sino usted. Pero yo sabía donde la guardaba y mientras él estaba ausente la co-

pluma afanosamente para saborearla después a solas y tantas veces como quisiera.

—¡Señora!— interrumpió Elena vivamente emocionada—. Es usted un ángel... Su grandeza de alma me empequeñece y avergüenza... perdóneme... yo no sabía...

—Nada he de perdonarle sino agradecerle la felicidad que proporcione a Norberto... ¿Qué importa que le quiera usted más o menos que yo?... ¡Lo que interesa es que lo haga dichoso!... ¡Le entrego la copia del drama!... ¡¡Por lo que más quiera en el mundo, procure que se la estrenen... es su ilusión, su gloria... y la mía, por lo tanto!!...

Elena no pudo menos de abrazarla y confundir con ella sus lágrimas que abrazaban sus mejillas... Detrás de la puerta, el viejo Morris también lloraba.

—No me compadezca— continuó la abnegada enamorada del que no supo retener a su lado mostrándole una mínima parte de los esplendores de su alma—. Estoy contenta de mí misma... soy dichosa de sentir mi corazón henchido de este amor sublime que sabe sacrificarse por el ser querido...

—¡Oh, señora... usted le quiere con mayor derecho y más vehemencia que yo!...

—De dos amores... por... un... mismo ob-

jeto...—terminó la mujer sublime entre sollozos que no podía contener—, más fuerte es el que sabe soportar la más pesada cruz...



—¡Lo que interesa es que lo haga dichoso!... ¡Le entrego la copia del drama!

Y salió... y ya en la calle, su silueta gracil y esbelta diluyóse rápidamente entre la densa niebla.

ALMAS QUE SUFREN

No puede decirse que Elena amara a Norberto. Fué aquello una ilusión admirativa de quien por vez primera se vé halagada por un hombre de talento... Sin embargo, sintió un acerbo dolor y especialmente experimentó que su exquisita feminidad se conmovía al ver en la esposa abandonada el ejemplo de lo que pueden dar de sí cuando las mujeres aman.

Así, lo primero que hizo fué mandar a Norberto la siguiente carta:

Norberto:

Más me ha dolido descubrir la dureza de su corazón al hacer sufrir a un ángel como su esposa, que el enterarme de los lazos que a ella le unen.

Inútil añadir que todo ha terminado entre nosotros.

Cuando Norberto recibió aquellas líneas, su desesperación no tuvo límites. Tomó su raído gabán y voló hacia el teatro, donde sabía que se encontraba Elena ensayando.

Precisamente ésta acababa de experimentar uno de los disgustos más grandes de su vida.

Le habían comunicado que el papel de protagonista le era retirado para ser entregado a la intrigante y envidiosa Evelina, ofreciéndola a ella el secundario.

—¡Puede dar su segundo papel a quien mejor le convenga!— exclamó Elena fuera de sí.— ¡Yo dejo desde ahora de pertenecer a la compañía!

No pudo continuar. Fué tal la sensación recibida que sus ojos nubláronse y cayó desmayada en brazos de "Papá Morris", que corrió hacia ella oportunamente.

El empresario, viendo el cariz que tomaban las cosas, telefoneó a Lord Stanford comunicándole que Elena se encontraba en su "camerino" privada de sentido por la impresión recibida, y aquí ofreció trasladarse inmediatamente al Teatro.

En efecto, momentos después, Stanford, profundamente conmovido y empezando a comprender que Elena no era ni muchísimo menos lo que él se había figurado durante los últimos tiempos, se encontraba a su lado ordenando que se hiciera todo lo necesario para la conveniente asistencia de la sensible artista.

Poco después llegaba también Norberto. En la escalera se había cruzado con la artista Evelina, la cual le dijo con ironía al enterarse de quien era:

—¿Elena Taylor?... Suba usted a su cuarto donde la encontrará sin duda en brazos de algún "amigo"...



Stanford, profundamente conmovido y empezando a comprender que Elena no era ni muchísimo menos lo que él se había figurado...

Desgraciadamente, quiso la fatalidad que al entrar Norberto precipitadamente en el "cauc-

rino" de Elena, Lord Stanford le acariciara paternalmente la mano arrodillado a su lado.

El poeta tuvo un gesto de ira, arrancóse el sombrero y acercándose a la joven que hacía unos instantes había vuelto en sí, le gritó:

—¡Sé que lo sabe todo Elena!... ¡Y no ha sido capaz de sacrificarse por mi felicidad!... ¡Yo también acabo de informarme, al sorprenderla en brazos de un amante, sin duda mucho más rico que yo, de quién es usted!

Elena, con un esfuerzo, se levantó, y haciendo un gesto a Stanford, que disponíase a corregir al osado, balbució:

—Norberto... ¿a qué viene usted aquí?

—¡Vine a buscar el manuscrito de mi obra!...

—Papá — dijo con voz débil la artista —, en mi cuarto hay el manuscrito del señor Campbell.

Reinaron unos instantes de silencio terriblemente enojoso. Cuando Morris llegó con los pliegos, Norberto los tomó de sus manos y apretujándolos nerviosamente, acercóse a la chimenea mientras exclamaba con emoción indescriptible:

—¡Ninguna mujer merece ser amada sinceramente!... Usted tampoco es, según acabo de ver, la mujer que imaginaba, y por lo tanto, esta obra que había inspirado... ¡no tiene ya razón de existir!

Y eso diciendo echó su obra al fuego, que con-

sumió rápidamente lo que tanto le había costado escribir. Después de contemplar unos instantes la acción del voraz elemento sobre sus más caras ilusiones, volviéndose hacia los que le miraban consternados y dijo con expresión de profundo desprecio:

—¡El señor Stanford puede haberse convencido de que no era indispensable su dinero para reducir a cenizas mis esperanzas y mis anhelos!

Y ocultando el rostro en sus manos, desapareció tambaleándose.

Cuando se hubo marchado, Elena no pudo contenerse más y estalló en amargo llanto.

—Elena, mi pequeña Elena— le decía amorosamente Lord Stanford—. ¡Habrás amado quizá más intensamente a un hombre que te dedicó el escaso esfuerzo de su pluma fácil, que a quien hizo de su vida triste y solitaria una oferta consagrada a tu amor?

Elena levantó la cabeza hermosa y clavó sus ojos limpidos y relucientes por las lágrimas sobre los de Stanford, cual si quisiera consultar su alma hasta lo más hondo. Había sido tal la expresión de aquel hombre al pronunciar sus anteriores palabras, que Elena se sintió profundamente conmovida y experimentó en el corazón una sensación jamás sentida... Apoyó su cabeza sobre la mano de Lord Stanford... y siguió llorando, pero no tan intensamente...

DESESPERACION

Pasó como una ráfaga la imposible ilusión. Y la vida de Elena continuó entre honores y glorias, flores y aplausos.

Mientras en los bajos fondos, donde se pudren los détritus del engranaje social... buscando olvido en el alcohol y el vicio, Norberto consumía sus acerbos desencantos. Desde que había abandonado el hogar iba descendiendo las gradas de la miseria. Llegado a los últimos recursos habíase visto obligado a habitar en una buhardilla malsana y triste. Pasaron algunos meses. Cada hora, cada minuto, fué un martillazo en la losa del desencanto, del hastio que se cernía sobre el desventurado soñador...

"¡Edith!... ¡Elena!... ¡MUJERES incapaces de amar sin egoísmo!..." Estos conceptos aparecían escritos en letras de fuego sobre su cerebro no bien cerraba los ojos. Había llegado al colmo de la desesperación. ¿Qué hacía realmente en el mundo? ¿Qué esperaba?... Y una idea fija, horrorosa, pesimista, fué grabándose en su cerebro hasta que llegó la hora de ponerla a la práctica. Sí, era muchísimo mejor marcharse de este mun-

do donde tan desventurado había sido.. Valía mejor morir mil veces que arrastrar como pesados grillos el lastre de sus ilusiones destruidas por un mundo que le era odioso.

Y llegó a su mugrienta morada y con calma, sin espasmos de desesperación, cerró la ventana, abrió la espita de un mechero de gas y tendióse en su jergón...

Cada noche de estreno en el *National Theatre*, Edith recibía de Elena Taylor una amable invitación. Aquella vez, como de costumbre, había llegado la correspondiente a la *première* de una obra grandiosa que habíase puesto en escena a título de desagravio hacia la gentil protagonista de tantas obras de éxito clamoroso.

Se titulaba ALMA DE ARTISTA.

El Teatro ofrecía un aspecto maravilloso. La platea toda parecía alfombrada por la piel sonrosada que refulgía del amplio escote de millares de mujeres, con vistosas lagunas de pecheras blanquísimas. Reinaba una expectación enorme, pues se había anunciado la obra con una avalancha de propaganda eficaz y de buen gusto. La Prensa, los inteligentes y todo lo más lucido de Londres encontrábase allí congregado. Por fin levantóse el telón.

Indescribible fue la emoción, la alegría y la sorpresa de Edith al reconocer en los primeros versos armónicos de la obra, la inspiración genial de su adorado poeta.

Suóñe en la fama y la gloria.

¿Cómo las fuerzas ocultas que alguien afirma rigen el mundo, no advertían al autor de la obra que triunfaba?... Por el contrario, éste, llegado a los últimos grados del uso y la desesperación, renegando precisamente de las que en sublime conjuración laboraron por su dicha y su gloria, estaba quitándose la vida. No parece sino que los hombres hayan nacido no para amar sino para ser amados. Exigen sacrificio y abnegación de las mujeres, pero ellos, al primer desengaño, se encierran en su egoísmo maldiciendo y renegando del amor y del mundo.

Entretanto, en el Teatro, seguían captándose admiradores los effluvis de la inspiración de Norberto.

*"Tú, que las artes proteges,
¡Bendita seas!"*

El público había interrumpido con una salva de aplausos el parlamento del protagonista.

La madre de Edith estaba encantada, y acercándose a ella, que tenía materialmente los ojos clavados en el escenario, le dijo:

—¡Esto es escribir una obra, y no lo que hace tu marido!

Edith la miró de un modo indescriptible y entre los aspasientos de la vieja le contó toda la verdad, que aquella era la obra de su amado poeta, que hiciérale cuanto le hiciera, él era el único hombre que amaba y el escritor más glorioso del Universo entero.

Había finalizado el primer acto. El éxito había estallado nervioso, con estruendo, indescriptible... Los más exigentes murmuraban ya la frase: "Obra Maestra".

Edith voló hacia el camerino de Elena. Ambas mujeres se abrazaron estrechamente y en silencio. Sus pechos, dentro de los cuales palpitaban dos corazones sublimes de mujer, agitábanse visiblemente, tanta era la emoción que les embargaba. Cuando se hubieron calmado un poco, Elena balbució:

—Norberto creía haber destruido su obra, ignorando que existía el manuscrito que usted copió... Por esto he cambiado el título verdadero y callado el nombre del autor... En cuanto a él...

no quería volverle a ver hasta que venga del brazo de usted, unidos los dos en el amor y en el triunfo.



Ambas mujeres se abrazaron estrechamente y en silencio...

Esta vez fué Edith quien, abrazando efusivamente a Elena, le dijo presa de la mayor emoción:

—Elena... Elena... es usted un ángel...

Entretanto, en los pasillos, a fuerza de co-dearse con la notoriedad y la gloria, el buen Morris había adquirido cierto desparpajo. Daba conversación a todos los periodistas que le acchaban y antes produciéndole tanto espanto.

—Pongan ustedes... les decía con aires de suficiencia—que es hija adoptiva del señor Morris... no, digo, pongan *de* Morris... Descendiente directo de una gran figura histórica... ¡de la mujer de Putifar!

En aquel instante llegaron Elena y Edith. La primera presentó su amiga a los periodistas.

—Tengo el honor de presentarles a la esposa del autor desde hoy ilustre, Norberto Campbell...

Y después, dirigiéndose a Lord Stamford, que se les había acercado prontamente.

—Y usted, mi querido Stamford—le dijo con extrema dulzura—, ha ganado muchísimo más en mi corazón ayudándome a dar la gloria a un poeta y la dicha a dos esposos, que ofreciéndome únicamente sus fabulosas riquezas como otras veces.

Stamford la estrechó la mano...

No había tiempo que perder. Iba a empezar el segundo acto.

A las pocas escenas se vió distintamente que

el entusiasmo iría en aumento. Realmente se trataba de una obra genial fruto de un Príncipe de la Poesía.

—¡Oh... ya no puedo contenerme!—exclamó Edith en su palco dirigiéndose a su madre que estaba confusa... Iré a buscarle donde se encuentre, le pediré perdón... ¡Lo que él quiera!... ¡Pero que venga, que venga a saborear conmigo la gloria de su triunfo!

Y tomando un "taxi" hizo conducir a la bodega morada del poeta cuyas señas le dieron en el propio Teatro.

Pero la primera visita de la esposa, palpitante de alegría y emoción, a la misera mansión del descarriado, había de ser terrible y dolorosa. Subió los gastados peldaños con rapidez, y en el último piso... sintió un fuerte olor a gas que salía de una puerta. Un rayo de inspiración le delató lo que ocurría en su interior. Llegó nerviosamente hasta la puerta y en vano llamó repetidas veces. Entonces pidió auxilio y algunos vecinos se dispusieron a derribarla.

El cuadro que se ofreció a su vista no podía ser más desolador. Sobre su jergón, Norberto respiraba atanosamente entre los estertores de la agonía. Inmediatamente abrieron la ventana para que se renovara el aire saturado por las exhalaciones de gas, pero Edith, no pudiendo re-

sistir la emoción y aquella atmósfera gastada; había caído sin sentido sobre su esposo.

Entretanto, en el Teatro, la obra había terminado y el entusiasmo había llegado al paroxismo.



...pero Edith, no pudiendo resistir la emoción y aquella atmósfera gastada, había caído sin sentido...

El público puesto en pie aclamaba a los artistas y gritaba unánimemente:

—¡El autor!... ¡¡El autor!!

En aquel instante llegó entre bastidores el

portero de la casa de Norberto enviado por Edith, no bien hubo ésta recobrado sus facultades, con la noticia de que Campbell encontrábase agonizando...

Elena sintió que un escalofrío de horror corría por todo su cuerpo... En la Sala, el público, delirante, vociferaba:

—¡El autor!... ¡¡El autor!!... ¡¡¡El autor!!!!

Los artistas estaban consternados. Todos hablaban... nadie sabía qué hacer.

—Es preciso advertir al público—dijo el Empresario—. Usted, Elena, es la más indicada...

Elena le contempló unos instantes con ojos que no miraban... hallábase presa de una emoción indescriptible...

—¡El autor!... ¡¡El autor!!...

Realmente, no había más remedio... Descorrióse la cortina... y ante la sorpresa de los espectadores que callaron en un instante como por arte de magia, apareció Elena, los ojos llenos de lágrimas y gesto torpe, como prueba manifiesta de que quería hablar y no podía... Por fin, haciendo un supremo esfuerzo para poder emitir la voz a través de las lágrimas que anudaban su garganta, oyóse en la Sala como un eco de angustioso dolor...

—El autor... víctima de un accidente... se encuentra... en estos instantes... agonizando...

Cayó rápidamente la cortina. Unos instantes más y Elena hubiera perdido las fuerzas que la sostenían.

La emoción que invadió la Sala no es para describir. Los espectadores como los intérpretes habían experimentado una enorme sacudida. Y los murmullos y los comentarios se elevaban imponentes a la par que respetuosos.

—¡Qué pena!—decía entretanto Elena a Stanford—. No podía imaginarme que el misterio de que rodeé la acción que había de hacerlos felices, sería la causa de no haber llegado a tiempo de reparar la tragedia...

Pero el destino no quiso amargar con aires lígubres las vidas de nuestros héroes. Norberto, de constitución fuerte y robusta había recobrado los sentidos, y su primer gesto al ver a su esposa ante sí, fué el levantarse haciendo un esfuerzo, y abrazándola con frenesí, exclamó:

—¡Edith... Edith... esposa mía!...

—¡Norberto!... Perdóname si no te comprendí hasta ahora... Tu obra... la obra de tu genio... ¡está triunfando esplendorosamente en este instante!

La expresión del rostro del poeta no puede describirse. Contempló a su mujer de modo inefable y estrechándola vehementemente en sus brazos la besó con efusión...

Los asistentes a la emocionante escena lloraban. Morris, que hallábase presente, comentó para su capote:



La gran noticia fué consoladora, y la gentil Elena dió gracias al Cielo... (pág. 60).

—¡Si se me llega a ocurrir poner una escena como ésta al finalizar mi drama... no me tiran ninguna patata a la cabeza!

Pero en el escenario vivían aún momentos agustosos, que disipó Morris al llegar corriendo y gritando:

—¡Norberto está salvado... y tan tiernamente abrazado con su esposa... que no se la hemos podido arrancar de sus brazos!

La grata noticia fué corroborada y la gentil Elena dió gracias al cielo desde lo más hondo de su ser. La artista con alma de ángel sintió el bienestar del éxito obtenido en el más bello papel que interpretara en su vida.

Stanford, que se encontraba a su lado, la miraba amorosamente, y aprovechando el que Morris también se hallaba presente, dijo con cierta solemnidad:

—Elena... hoy la quiero más por la hermosura de su alma incomparable que por la de sus gracias... Hoy la pido perdón por mis pasadas ofertas de riquezas... y tengo el alto honor de pedir su mano... ¿Acepta?

Elena sintió que una sublime sensación invadía todo su ser. Mientras Morris estrechaba la mano del Milord, ella habíase cobijado en los brazos del que la hiciera, con tanta abnegación como cariño, de padre.

Cuando Stanford se quedó solo, le rodeó la nube de periodistas, que, ávidos de noticias, atisbaban las ocasiones sensacionales:

—¿Cuándo se efectúa la boda, Milord?..

—Por ahora—dijo Stanford con gesto de benevolento malhumor—, límitense a anunciar que Lord Stanford es el hombre más feliz del mundo... ¡Y que la futura Lady es la mujer más buena y hermosa de la Creación!

"RENZO"

FIN

El éxito que ob-
tiene la nueva
publicación

LA NOVELA ÍNTIMA CINEMATOGRAFICA

es lógico, pues
en ella se da a
conocer al públi-
co la vida íntima
de los artistas
favoritos de la
pantalla

Portada a va-
rios colores

Precio con postal
del mismo artista:
35 céntimos

Si no lo ha comprado usted todavía, no deje de
adquirir, en cualquier quincero o librería, el
número anterior de **LOS GRANDES FINES**

AMÉRICA

por Carol Dempster, Nell Hamilton y Lionel Barrymore
Esmerada presentación - ¡Véalo usted!

LA REVISTA QUE USTED PREFERIRÁ

?? ??

EDITADA POR

La Novela Semanal Cinematográfica

